



Rubén Darío

Salomón de la Selva

Abrojos y Azul....

Valentín de Pedro

El 24 de junio de 1886 atracó el Uarda en el muelle de Valparaíso. Desembarcó Rubén. Era portador de credenciales que le acreditaban como corresponsal viajero de El Diario Nicaragüense y de otros dos periódicos de su patria: El Imparcial y El Mercado. Mas poco, por no decir nada, podía esperar de tales corresponsales. Si aquellos periódicos contaban con tan escaso dinero para pagar a sus redactores, ¿de dónde habían de sacarlo para satisfacer estipendios de corresponsales viajeros? De quienes esperaba era de los destinatarios de algunas cartas de recomendación que el salvadoreño Juan J. Cañas le había dado para buenos amigos que dejó en Chile. Uno de ellos Eduardo Poirier, que precisamente en aquellos días se encontraba en Valparaíso, al frente del Telégrafo Nacional. En su busca se dirigió apenas puso pie en tierra. Y Poirier cuenta: "Una buena mañana vi llegar a mi oficina a un mozo casi imberbe, flaco, semi-entumecido de frío". Era Rubén Darío.

Venía de las tierras de su América Central. Y la primera impresión recibida al acercarse a las tierras australes debió de ser el frío, impresión que se acentuaría a su llegada al puerto de Valparaíso. Y lo peor era que no podía recurrir a su exiguo equipaje para defenderse de él, porque en su maltrecha valija no llevaba prendas de abrigo, ni casi de ninguna clase. Con lo cual tuvo que lanzarse al asalto de la ciudad, o dicho llanamente en busca de Eduardo Poirier, a cuerpo gentil, "tiritando bajo su chaqueta de verano, sufriendo el encarnizamiento del aire helado". Por fortuna, el recibimiento que le dispensó la primera persona que conoció en Chile fue muy cordial. De momento, Poirier vio, en aquel recomendado de su amigo Cañas, a un joven "inexperto, novedoso, buscador de emociones, bohemio entusiasta y lleno del ardor que inflama las venas de los veinte años". Y le hospedó en su casa, confortándolo de ese modo con un poco de calor de hogar. Y con una amistad que tuvo algo de fraternal. El se preocupó de que periódicos de Valparaíso y de Santiago dieran la noticia de la llegada de Rubén Darío en términos muy halagüeños, y contribuyó sin duda a la favorable acogida que le dispensaron, su artículo necrológico sobre Vicuña Mackenna, que en oportunidad de su publicación en Managua, algunos de ellos habían reproducido.

La permanencia de Rubén en

Valparaíso fue en aquella ocasión como un paréntesis, un alto en el camino de la capital, pues su meta era Santiago. Poirier supo hacerle grato aquel alto. Su casa fue para el poeta viajero como una antesala de la vida literaria chilena, en la cual se disponía a penetrar. Y hasta le afreció la oportunidad de penetrar de su brazo, en su campaña. ¿Cómo? Escribiendo en colaboración una novela corta, con destino a un concurso que por aquellos días celebraba un periódico local. Para los dos -Poirier era un escritor que gozaba de cierta nombradía en los medios literarios chilenos- era una novedad el género novelesco, si bien Poirier llevaba sobre Darío la ventaja de las varias novelas inglesas que habían traducido para el folletín de El Mercurio de Valparaíso. Pergeñaron rápidamente la novelita, que no fue premiada y que posteriormente se publicaría. De ella es interesante señalar el nombre del personaje femenino que da título a la obra y que indudablemente corresponde a Darío: Emelina, como también el apellido del protagonista: Gavidia, que es el de su gran amigo salvadoreño, que le inició en el culto de Víctor Hugo y en el conocimiento de las letras francesas.

Poirier se encargó, además, de hacer llegar a su destinatario una carta que Rubén traía para un importante personaje de Santiago. Y, de acuerdo con la respuesta de aquel personaje, Darío se dirigió a la capital. Ahora dejaremos la palabra al propio poeta, como han podido comprobar cuantos han confrontado la Autobiografía de Rubén con sus verdaderos datos biográficos perfectamente investigados, hay en sus memorias, escritas a vuela pluma o dictadas un poco al azar, trasposición de fechas, confusión de nombres, y en ocasiones manifiesta colaboración de la fantasía; pero con frecuencia, la verdad de los hechos, aunque vestidos por la imaginación, se nos ofrecen con una precisión admirable, como si al recordarlos surgiesen en su más pura esencia. Tal ocurre con el relato de su llegada a Santiago, en el que si hay algo de novela, ella sirve para mostrarnos no sólo la realidad, sino también su trasfondo. Veamos:

"Contestó aquel personaje que tenía en el Hotel de France ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaba en la estación. Tomé el tren para Santiago.

Por el camino no fueron sino rápidas visiones para ojos de poeta, y he aquí la capital chilena.

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los Coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta.

Mi valijita y yo quedamos a un lado, y ya no había casi nadie en aquel largo recinto, cuando divisé dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirando y valet, un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático, que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó: "-Sería usted acaso el señor Rubén Darío?" Con un tono entre asombrado, miedoso y esperanzado pregunté: "¿Sería usted acaso el señor C. A.? Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis orejas, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde, por no sé qué prodigio de comprensión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamé. Se dirigió a mí. "Tengo -me dijo- mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hable a su amigo Poirier. No le conviene".

Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera".

La escena real adquiere, evocada por el poeta, carácter de apólogo. No se puede sugerir más en la brevedad de una página. Está ya en ella, íntegramente su tragedia: la tragedia de su soledad en el seno de la sociedad con

la cual va a enfrentarse. Es terrible ver cómo, nada más llegar, le sale al encuentro el desencanto.

Recordamos el recibimiento de que fue objeto a su llegada a El Salvador por el presidente de aquella república. Su confrontación está llena de sugerencias. Hay una equivalencia entre las dos figuras: la del presidente aquel y la de este político opulento. Ellos nos da la medida de lo que va -o de lo que iba entonces- de una pequeña república centroamericana a una república del sur. Casi dos mundos distintos. O por lo menos, dos estilos de vida. En la América Central, ésta sigue desenvolviéndose de acuerdo con normas tradicionales, un tanto pueblerinas; sus capitales son poco más que grandes aldeas, cuyas poblaciones vegetan a la sombra de una mediocre economía y donde las revoluciones se suceden como periódicas mareas que contribuyen a que el poder se mueve en beneficio de las clases dirigentes, que son las triunfadoras en ella. El poeta puede tener allí su puesto al lado del triunfador, y éste le prestará su apoyo, porque puede ayudarlo a encumbrarse, o a celebrar su encumbramiento, cosa que, además de halagadora, resulta conveniente.

Algunos días de navegación por el Pacífico, a lo largo de la costa, hacia el sur, le han llevado a otra nación de su América donde la vida se desenvuelve de otra manera. Se encuentra no sólo con un nuevo escenario, sino también con personajes distintos. Como distintos son sus modos políticos y su economía. El sistema capitalista se ha constituido en fundamento de la sociedad, entronizando en ella al burgués. Comprenderá ahora Rubén lo que eso significa. En realidad él no tenía otro conocimiento del burgués -en su acepción de "filisteo", ignorante y refractario a las manifestaciones artísticas- que el que hasta entonces había llegado a través de la literatura francesa. Y acaso no alcanzara a discernir bien el significado del odio que por el sentían un Flaubert y un Baudelaire. Ahora iba a conocerlo. Empezó a conocerlo aquel día de su llegada a Santiago, en la estación. Y su conocimiento posterior llegó a herirle tan profundamente que un día escribió "El rey burgués", relato terrible, que le llamó "canto alegre" y es una de sus páginas más tristes. Y que pudo ser responso lírico a su propia muerte, de no haber subsistido y triunfado.

Continuará...